

Toni Losantos

Negro

Como el carbón, oye. Antes que el futuro, el propio mapa. A Conrad, desde niño, le intrigaban los mapas de África, esas extensiones entonces difuminadas, sin fronteras ni ciudades, sin ni siquiera accidentes geográficos. ¿Qué habrá ahí?, se preguntaba, ¿qué llenará ese vacío, ese corazón de las tinieblas?

No cabe hacerse la pregunta ante el mapa nocturno de la luminosa Europa; tal vez sí frente al de la España galopante –qué galope sin rumbo, también hay que decirlo, qué galope tendido–, sin embargo, es perentorio buscar el corazón nocturno de nuestro viejo reino. Asómate al ojo del satélite: más allá de la apreciable fluorescencia de Zaragoza hay algún punto de luz, quién sabe si casual, pero el negro, intenso y hasta oleoso, es el color del territorio. Negro como la boca del lobo, se decía antes.

Así de negro, va de analogías, era el carbón que salía de las entrañas de la tierra. Y la tentación de comparar estas tinieblas de la negra noche con los agujeros negros del espacio exterior parece inevitable. Hasta las metáforas nos llegan oxidadas, previsibles.

No hay que abusar: baste con la realidad, que de noche y de día nos dibuja un desierto demográfico. Más léxico: ‘desierto demográfico’, una bella expresión, un concepto inquietante: la densidad de la nada. Todo el discurso se pierde en las limaduras de la retórica. Veremos pancartas, organismos, fondos (¿qué grado de negrura le aplicamos a un fondo?), veremos ocurrencias, incluso propuestas, pero ese mapa negro y silente, esa paz espesa, como de cementerio, nadie la perturbará.

Clamo entonces: vengan hasta aquí todos los que huyen, de las hambrunas y de la dinamita; vengan los humillados, los despojados, los sedientos, incluso los rampantes colonos que roturan la tierra con fusiles; vengan los soñadores y los sátrapas. Aquí hay sitio para todos.

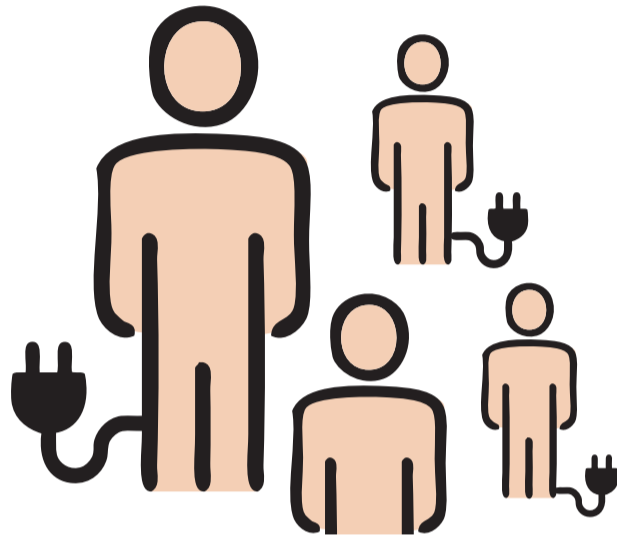
Pero no vienen. ¿Qué maldición late en la oscura pradera? A dónde vamos, si no vuelven ni los que se marcharon. Esta demografía no es un reto: es una esquila.

Toni Losantos es profesor de instituto en Teruel

TRIBUNA AJENA | José Badal Nicolás

La tentación del tetero público

Los partidos políticos no pueden ser agencias de colocación ni proclives a la cooptación en detrimento de su (supuesta) vocación de servicio



HERALDO

Observando desde mi ambón el mudable panorama laboral que nuestra adormitada sociedad soporta con docilidad y resignación, mi recomendación para la gente joven que por primera vez busca un empleo razonablemente remunerado y el modo de labrarse un porvenir sostenible es el emprendimiento. Pero el emprendimiento de una ‘carrera’ en el ámbito de la política con afán de aguantar agarrado al tetero público y perdurar en el chollo, haciendo cuanto sea menester, incluso a costa de la propia probidad, renunciando a

cualquier atisbo de pundonor o dignidad, con tal de no soltar la ganga de un puesto de trabajo conseguido apenas con esfuerzo y en ausencia de merecimiento patente.

Reconozco que es una exhortación que brota de mi desencanto, pero plenamente motivada a la vista de la lluvia de cargos que, a los oficios enajenados, nuestro imperfecto sistema reparte generosamente entre personas a menudo poco ilustradas y por ende con notables taras funcionales. Por esto, a fuer de pragmatismo, mi sugere-

ncia va dirigida específicamente a quienes con responsabilidad se preocupan por su medio de vida y buscan una ocupación durable y estabilidad económica. Difícil trance que casi todos los mortales tenemos que afrontar en busca de una solución viable.

¿Acaso no resulta tentador el disfrute de un pingüe salario percibido por nepotismo o enchufismo, sin el engoroso requisito de la debida cualificación? Esto no es impudencia, es simplemente posibilismo. No me digan ustedes que el provecho obtenido de un trabajo asequible, poco enrevesado y bien retribuido, no es una opción atrayente para alguien joven, especialmente si carece de preparación o es un haragán. La sinecura o la canonjía son prebendas asaz golosas anheladas por personas ventajistas decididas a acortar el camino por un atajo; pero al fin y al cabo son favores o gracias con evidente presencia en el actual magma político.

Por desgracia, el biberón público colmado con el dinero del contribuyente, del que con fruición no dejan de mamar muchos aforados, ‘asesores’ y demás gente inane, es una realidad consabida y deplorable, a la vez que una apetecible bicocha a la que algunos se aferran con fuerza. La mamandurria que brinda un cálido y acogedor hueco arrimado al rescoldo del despilfarro sufragado por todos, de la que se aprovechan tantos camaradas y conmlitones con manifiestas carencias para el correcto desempeño del puesto de trabajo que ostentan, es moneda corriente dentro del entramado de oscuros intereses que infortunadamente guían las acciones de algunos de nuestros personajes con mando en plaza.

Aunque el rédito de un empleo lucrativo y poco trabajoso no está exento de exigencias. El aspirante tiene que rendirse ciegamente al dictado de su superior jerárquico y sobre todo aplaudirle con entusiasmo sus graciets y ocurrencias, por disparatadas que sean. Debe mostrar suficiente cintura para no disentir de las aseveraciones de su líder y asimismo doblez para, sin apenas mediar tiempo, defender lo contrario en una atre-

«Los altos cargos de libre designación deberían lograr la anuencia de las cámaras correspondientes»

vida pirueta dialéctica, alejando la sensación de una falacia grosera o de una falta de principios.

La teta pública está ahí para asirla. No se exige ningún título o diploma homologado, ninguna formación previa ni experiencia, ni siquiera ideología; solo actitud acrítica frente a la doctrina oficial, conformismo y mansedumbre, fe y no razón. Ah, y simulada devoción por el jefe supremo. No hace falta más para procurarse la pitanza.

Los partidos políticos no pueden ser agencias de colocación ni proclives a la cooptación en detrimento de su (supuesta) vocación de servicio. Los altos cargos de libre designación deberían lograr la anuencia de las cámaras correspondientes. Habría que auspiciar la democracia real, establecer la separación real de poderes, instituir la limitación de mandatos, hacer gala de sentido común, sensatez, buenas maneras...

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

LA TRIBUNA | Marta San Miguel

A qué te suena

Lo que escuchamos está íntimamente relacionado con el poder que nos rodea, aunque lo que nos rodee ya no sean regímenes absolutistas o dictaduras, al menos en Europa

Que la música es un arma política se sabe desde antes que existieran los cilindros de cera como soporte de grabación. Son indisociables, hasta el punto de que a veces uno se plantea si fue antes la música o el efecto que ha tenido el poder en su creación. Por ejemplo, si no fuera por la afición del rey Jorge I a navegar por el Támesis no tendríamos la ‘Música acuática’ de Händel. El compositor alemán creó esas alegres pie-

zas para que el monarca las escuchara en sus paseos por el río mientras las interpretaban cincuenta músicos sobre una barcaza que navegaba a su lado. Su éxito fue inmediato, pero cabe preguntarse qué habría compuesto de no haber tenido este encargo.

¿Uno compone lo que quiere o lo que puede? Supongo que Händel ya se hizo esta pregunta allá por 1700, la misma que se haría Shostakóvich en 1936 cuando, tras

estrenar una obra en Moscú, Stalin, que estaba en el teatro, lo consideró un enemigo decadente del régimen. Así lo definió el periódico ‘Pravda’, que era como el Teletexto de los condenados a muerte o a Siberia. Contra todo pronóstico, Shostakóvich se salvó y también su familia. ¿Cómo? Dedicando todo su genio y su alma a componer música patriótica, volcada en ensalzar la supremacía obrera que marcaba el dictador. ¿Qué habría compuesto de no haber vivido bajo semejante yugo?

Lo que escuchamos está íntimamente relacionado con el poder que nos rodea, aunque lo que nos rodee ya no sean regímenes absolutistas o dictaduras, al menos en Europa. Sin embargo, a la vista de lo que sucedió el pasado fin de semana en Eurovisión, la relación entre la música y el poder sigue sumando capítulos. Aunque sea un festival de canciones prefabricadas y voces impulsadas por sintetizadores, con trajes más o menos

ridículos y puestas en escena de las que ya se rio Chiquilicuatre, la música sigue tocando la parte blanda del alma y eso es lo que la convierte en un nutriente del poder, sobre todo si tiene una audiencia millonaria, como es el caso.

Que hayamos escuchado cantar a Israel, mientras miles de personas se manifestaban contra su participación es poder. Que la representante italiana cante por sorpresa ante la prensa ‘Imagine’ de John Lennon es poder. Que al representante de Países Bajos, Joost Kleinla, le echaran por el «comportamiento inadecuado» hacia una integrante de producción es poder. Que Irlanda no acudiera a los ensayos como presión contra Israel es poder. Que la música sonara mientras continúan los bombardeos en Palestina es poder. Que Hamás siga siendo la excusa para llamar actuación a un genocidio es poder. La música es poder, siempre lo ha sido, pero Eurovisión ha sido otra cosa.